

AÑO NUEVO

A UNA AUSENTE.

Cuando hubo pasado el año, recordé casi involuntariamente, la frase que cierto día dijiste para terminar uno de nuestros más animados paliques: el tiempo: hé ahí un terrible enemigo de tus ilusiones y de las mías.

Y mira tú que capricho de la memoria! Siempre que alguno de mis sueños se desvanecía de rápida manera, como por arte de encantamiento; siempre que alguna esperanza, ave herida por el arpon agudo de un desengaño, caía moribunda en medio de mi camino y exhalaba su última queja, érame imposible recordar esa frase que con tanta firmeza pronunciaste, convencida quizá, de la verdad que en ella se encerraba.

Y hoy, cuando el año comienza, cuando siento en mi espíritu el hábito de una nueva primavera, y las ilusiones, pájaros errantes y fugitivos, vuelven á aletear sobre los nidos recién abandonados; cuando las ráfagas del viento parece que me traen el perfume desvanecido de las mujeres amadas, y el ópaco cristal del ensueño se abrillanta, y vuelve á llenarse de luz el horizonte de mi vida, hoy es cuando me acuerdo de tus palabras: el tiempo: hé ahí un terrible enemigo de tu felicidad y de la mía.

Es verdad, amiga cariñosa; esta resurrección es pasajera, estas repentinas iluminaciones de mi existencia, son tal vez el augustoso y brillante parpadeo de una lámpara próxima á extinguirse; el árbol arrancado de cuajo y tendido sobre la yerba del bosque, puede á los efluvios de Abril, enbrirse de retoños, y engalanarse con plantas trepadoras; pero no volverá á dar abrigo á los pájaros, ni sombra á los caminantes.

Y sin embargo, invadido por una agradable tristeza pasé la noche de San Silvestre meditando en nuestras muertas alegrías.

Lo recuerdas aún. Sobre nuestro regocijado hogar batían sus alas los genios de la dicha y los de la inocencia; y durante la última noche del año, las oraciones de los abuelos, las risas de los jóvenes y los cantos de los niños, se unían, en la atmósfera trasparente y azul, y enlazando sus notas en armónico abrazo, formaban el himno encantador, que aún en tu oído debió de resonar, tal como en el mío vibró, en esta primera aurora del año nuevo.

Entonces teníamos un corazón virgen, un alma pura, y una serena felicidad; todo esto palpita-ba y resaca dentro de un hogar honrado.

Eramos entonces tú y yo, dos mariposas, que van regando átomos de oro en la diafanidad de un ambiente tranquilo.

Muchas veces se me ha ocurrido preguntarme: nos amábamos?

Quién sabe!

Si ayer pasaban las horas, ataviadas con ricas joyas y sonriendo y admirando nuestra felicidad, si ayer nos esperaba en el dintel del hogar, la vida esa maga traidora que con la diestra ofrece ilusiones y con la siniestra reparte desengaños, hoy ya las enlutadas, las melancólicas horas apenas si se atreven á mirarnos, y si lo hacen fruncen el ceño, como despreciando nuestras desdichas.

Qué quieres!

En cambio, pasan aún por nuestra memoria, como por un claustro sombrío, las imágenes de nuestros recuerdos, á manera de monjes cartujos, llamados á coro por la tétrica campana de los años que se suceden.

¿En dónde y cuándo volveremos á encontrarnos para hablar de nuestros instantes felices?

Háme dicho que el tiempo vuela de prisa, que la existencia es frágil.

Yo no lo creo; y me digo como el gran poeta:

¡Quizá tiene la fragilidad aparente de las cosas alandadas!

Juan P. P. P.